



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 11

CT 117 HISTORIA DE LA IGLESIA II

González, Justo. “Horizontes geográficos: El siglo del colonialismo”.
En *Historia del cristianismo: obra completa*, 439-445. Miami: Unilit,
2009.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Horizontes geográficos: El siglo del colonialismo

45

Sostengo que somos la primera raza del mundo, y que mientras mayor sea la parte del mundo que pobleemos, más se beneficiará la humanidad.

Cecil Rhodes



Desde fines del siglo XV, varias naciones europeas se habían lanzado a la empresa de la colonización del resto del mundo. Las dos potencias que tomaron la iniciativa fueron España y Portugal, y a su expansión colonizadora y misionera dedicamos nuestra atención en la Séptima Sección de esta historia. A mediados del siglo XVI, según consignamos allí, la Gran Bretaña comenzó también su empresa colonizadora, particularmente en Norteamérica y el Caribe. Al mismo tiempo, España y Portugal comenzaban a perder su hegemonía sobre los mares, y por tanto su expansión colonial se detuvo. Entonces entraron en escena, además de los británicos, los franceses, holandeses y daneses. Luego, durante los siglos XVII y XVIII, esas potencias fueron estableciendo enclaves coloniales en diversas regiones del globo.

El propósito de esa colonización no era la conquista militar, al estilo de la de los españoles en México, sino el establecimiento de relaciones comerciales. Lo que los ingleses, por ejemplo, deseaban no era crear un vasto imperio británico, ni forzar a otros pueblos a aceptar su idioma y religión, como lo habían hecho los españoles. Su propósito era más bien crear las condiciones necesarias para beneficiarse económicamente de los productos de una región. Para ello, la conquista militar no era siempre necesaria, y muchas veces podría resultar contraproducente. Ya Portugal había dado el ejemplo de esa clase de colonización en Asia, donde, en lugar de tratar de conquistar regiones enteras—cosa que en todo caso hubiera sido imposible—se contentó con establecer centros comerciales tales como Goa en la India y Macao en China. De igual modo, los intereses portugueses en Angola y Mozambique se limitaron a las costas, cuya posesión les garantizaba lugares de abastecimiento para los buques que navegaban hacia el Oriente.

LA ERA DE LOS NUEVOS HORIZONTES

Cuando la Gran Bretaña y Holanda comenzaron su expansión colonial, esta no fue una empresa nacional, como lo había sido la conquista de América por España. Al contrario, la empresa colonizadora se colocó en manos de intereses privados que quedaron a cargo de la creación, explotación y gobierno de las colonias. Esto fue lo que vimos al discutir la fundación de las colonias británicas en Norteamérica, varias de las cuales fueron creadas por compañías comerciales, mientras otras fueron puestas a la disposición de nobles ingleses. De igual modo, durante las primeras décadas de la colonización británica en India, esa empresa estuvo a cargo de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Y los holandeses colocaron sus colonias bajo la supervisión de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. El gobierno se limitó a certificar tales compañías, que quedaron a cargo del gobierno de sus enclaves comerciales en ultramar.

Al comenzar el siglo XIX, pudo pensarse que el colonialismo europeo tocaba a su fin. Particularmente en el Hemisferio Occidental, las potencias europeas perdieron la mayor parte de sus colonias. La independencia de los Estados Unidos le dejó a la Gran Bretaña, aparte del Canadá, algunas islas en el Caribe y porciones de la costa de Belize y Guayana. Los franceses perdieron a Haití. Y España, todos sus territorios excepto Cuba y Puerto Rico, los cuales conservaría hasta fines del siglo. Al mismo tiempo, las guerras napoleónicas desangraban a Europa, y por tanto podría suponerse que no quedaría mucha energía que dedicar a la empresa colonial.

Empero lo que sucedió fue todo lo contrario. Las guerras napoleónicas contribuyeron a dirigir la atención de la Gran Bretaña hacia las colonias francesas y españolas. Cuando Napoleón llegó a ser dueño de casi todo el continente europeo, la Gran Bretaña se sostuvo gracias a su superioridad naval. Los navíos ingleses, además de impedir que los franceses cruzaran el Canal de La Mancha, se dedicaron a interceptar el tráfico entre la Europa continental (Francia, España, Holanda y Portugal, todas bajo el régimen napoleónico) y sus colonias. El público británico, desalentado por las noticias de las constantes victorias del Emperador en Europa, encontraba aliento en los informes de hechos de guerra en remotas playas, donde la marina inglesa destruía algún fuerte francés, o donde una batalla naval impedía la llegada a Europa de recursos que el Emperador necesitaba para su maquinaria de guerra. El resultado fue que, al terminar las guerras napoleónicas, Inglaterra quedó como dueña de los mares y de varias antiguas colonias francesas y holandesas.

Todo esto coincidió con la principal causa de la enorme expansión colonial europea en el siglo XIX: la revolución industrial. Fue precisamente en esa época que la revolución industrial llegó a tal grado de desarrollo que comenzaron a hacer falta nuevos mercados. Según se fue aplicando la tecnología a la producción industrial, esa producción fue requiriendo mayores capitales y más amplios mercados. Puesto que varios de los países de Europa occidental competían entre sí en el desarrollo industrial, y trataban de cerrar sus mercados a los productos extranjeros, era necesario encontrar o crear mercados fuera de ese ámbito. En cierta medida, esos mercados existían en la Europa no industrializada, pero no bastaban para satisfacer las necesidades de las grandes industrias que comenzaban a aparecer. Por ello los ingleses primero, y después los franceses, los alemanes y otros, se lanzaron a buscar nuevos mercados allende los mares.

Uno de los resultados de esta competencia entre las potencias industrializadas fue el “neocolonialismo” en América Latina. Escasamente se habían independizado las antiguas colonias españolas, cuando los británicos, franceses y

norteamericanos comenzaron a competir entre sí por el dominio de los nuevos mercados. De hecho, fue en esa época que se creó el término “América Latina”, acuñado por los franceses para indicar que ellos, como latinos, tenían más afinidad con las nuevas repúblicas que los británicos o los norteamericanos. Mas a la postre Francia, carente del desarrollo industrial de la Gran Bretaña, perdió la partida. Al empezar la Primera Guerra Mundial, las inversiones de capital extranjero en la América Latina sumaban unos ocho mil quinientos millones de dólares, de los cuales tres mil setecientos millones eran ingleses, mil setecientos millones norteamericanos, y poco más de mil millones franceses. Esas inversiones se hicieron con el consentimiento y el apoyo de las clases acaudaladas criollas, y por tanto se estableció una alianza entre el capital extranjero y el nacional. Puesto que este capital podía funcionar mejor en gobiernos oligárquicos, a cargo de la aristocracia criolla, tales gobiernos encontraron apoyo internacional, y se hizo muy difícil producir cambios radicales en la estructura social de los nuevos países.

Según fue desarrollándose la tecnología de los países industrializados, esa situación fue haciéndose cada vez más marcada. Así, mientras al principio los inversionistas ingleses estaban interesados principalmente en los mercados urbanos de América Latina, y en los productos agrícolas fácilmente obtenibles en los puertos, hacia 1870, con la construcción de vías férreas, se hizo posible explotar mejor el interior de los países. Por ejemplo, mientras Argentina contaba con menos de cincuenta kilómetros de ferrocarriles en 1860, para 1914 había en el país más de treinta mil kilómetros de vías férreas. El resultado fue la aparición de la gran agricultura y ganadería para exportación, con el consecuente crecimiento del latifundismo y el monocultivo. Lo mismo sucedió en el resto del continente.

En Asia, la revolución industrial europea tuvo consecuencias semejantes, aunque a la postre se llegó a la colonización, no solo económica, sino también política, mediante la conquista militar. Allí también el propósito de las potencias industrializadas fue crear nuevos mercados, y por ello se contentaron con establecer centros de comercio en India, China y otros lugares. Pero a la larga, muchas veces a pesar suyo, tuvieron que intervenir militarmente, y gobernar directamente vastas porciones de los territorios con los que solo habían aspirado a comerciar. Lo que sucedía era que una y otra vez los comerciantes, viendo sus intereses amenazados por algún movimiento político en el país, o por la debilidad del gobierno local, o por la proximidad de otra potencia industrial, apelaban a sus propios gobiernos, que se veían forzados a intervenir militarmente.

Hacia 1870, con el nuevo desarrollo industrial, esta situación se agravó. Ya no se buscaban únicamente mercados para los productos manufacturados, sino también materias primas. Entonces Europa comenzó a codiciar territorios a los que antes había prestado poca atención, particularmente en el interior de África. Además, por la misma época se produjo un cambio en el modo en que los europeos veían las colonias. Hasta entonces, estas sólo habían despertado el interés de los comerciantes, marinos y misioneros. Pero ahora se produjo en toda Europa un furor imperialista. Las demás naciones se percataron de que, casi sin ellas darse cuenta, Gran Bretaña había creado un vasto imperio ultramarino. Únicamente Francia se había ocupado en crear un imperio semejante, aunque mucho menor. En Europa comenzó a circular entonces la idea de que para ser una potencia europea era necesario contar con un imperio ultramarino, y países tales como Bélgica, Italia y Alemania, que hasta entonces se habían ocupado poco del resto del mundo, se

LA ERA DE LOS NUEVOS HORIZONTES

lanzaron a conquistarlo. Particularmente en Africa, se produjo una división territorial en que casi todo el continente quedó bajo el gobierno de alguna potencia europea. Y lo mismo sucedió en las islas del Pacífico, que pronto quedaron repartidas entre los diversos imperios coloniales.

Todo esto fue posible gracias a la otra gran consecuencia del desarrollo tecnológico de Occidente: su superioridad militar. El Occidente contaba con armas que no tenían rival en los países colonizados, y con las cuales era posible derrotar a ejércitos mucho más numerosos. La infantería contaba con rifles de alta precisión y armas de repetición. La artillería, con cañones de largo alcance y relativamente fáciles de transportar. La marina, para 1880, con buques de vapor capaces de destruir flotas enteras de barcos de vela, de remontar ríos para atacar el interior de los países, y de interrumpir el tráfico de cabotaje a lo largo de las costas. Ante tal superioridad militar, hasta los más orgullosos y antiguos imperios —el de la China, por ejemplo— tuvieron que humillarse.

Sólo unos pocos países en Asia y Africa lograron conservar su independencia política, y aun a estos no se les permitió conservar su independencia económica. China y Japón, por ejemplo, aunque no fueron conquistados por las potencias occidentales, sí fueron forzados, mediante la intervención militar, a abrirse al comercio internacional. Económicamente, y por primera vez en la historia, el mundo vino a ser una vasta red comercial.

En Europa y los Estados Unidos se discutió ampliamente lo que estaba teniendo lugar. Hubo quienes se opusieron a diversas empresas coloniales por considerarlas contrarias al interés nacional. Y algunas voces relativamente aisladas se alzaron en protesta contra el modo en que se trataba a los habitantes de los territorios colonizados. Pero en términos generales los colonizadores estaban convencidos de que su empresa se justificaba en los beneficios que las poblaciones colonizadas recibirían. La cita de Cecil Rhodes que encabeza el presente capítulo es característica del espíritu de la época. Dios había colocado en manos de los europeos, y de los blancos norteamericanos, los beneficios de la civilización occidental, inclusive la fe cristiana, para que los compartieran con el resto del mundo. Esa responsabilidad era vista como “la carga del hombre blanco”, que debía llevar al resto del mundo las bendiciones de la industrialización, el capitalismo, la democracia y el cristianismo. Si la empresa colonizadora destruía entonces las viejas culturas, o las antiguas bases económicas de una civilización, esto se excusaba, pues a la postre la nueva cultura y las nuevas bases económicas redundarían en bien de todos.

Tales argumentos no carecían de base. Los adelantos de la ciencia médica, por ejemplo, llegaron a lugares antes aislados. Como veremos más adelante, Livingstone estaba convencido de que el único modo de detener el tráfico de esclavos era abrir el Africa al comercio internacional, y probablemente tenía razón. En las naciones colonizadas, hubo muchas personas que recibieron el nuevo orden con entusiasmo, y que se beneficiaron de él.

Pero el sistema todo se basó en una arrogancia étnica y cultural que pronto acarrearía el repudio de los pueblos colonizados. Hacia fines del siglo XIX, ya había en esos pueblos quienes señalaban con argumentos convincentes que muchos de los supuestos beneficios del régimen colonial no lo eran en verdad. Otros muchos, al tiempo que estaban dispuestos a aceptar la tecnología, no estaban dispuestos a aceptar la tutela occidental. Así surgió el movimiento anticolonial que sería una de las características distintivas del siglo XX.

La iglesia participó de todas estas circunstancias. El siglo XIX, que fue la época de expansión de las potencias protestantes, fue también el tiempo del gran avance de las misiones protestantes. La relación entre ambos elementos, colonialismo y misiones, es harto compleja, según veremos en el resto de esta sección. No es del todo exacto decir que los misioneros fueron agentes del colonialismo, pues en algunos casos se opusieron a él, y en muchísimos casos criticaron sus prácticas. Tampoco es cierto que la gran expansión misionera entró por las puertas que el colonialismo le abrió, pues, si bien es verdad que muchas veces las colonias fueron el punto de entrada de los misioneros, también lo es que hubo lugares donde los misioneros llegaron mucho antes que los comerciantes y los colonizadores, y que en muchos casos las autoridades coloniales se opusieron a la obra de los misioneros. Lo que sí es indudable, y los capítulos que siguen probarán hasta la saciedad, es que una innumerable hueste de cristianos, llevados por motivos muy sinceros y por un innegable amor al resto de la humanidad, se lanzó a la tarea de evangelizar al mundo, precisamente en la misma época en que otros se dedicaban a explotarlo, y que el resultado fue que a fines del siglo XIX difícilmente había un rincón del mundo donde no existiera una comunidad que alabara el nombre de Jesucristo.

Al modo en que esta obra se realizó en Asia, el Pacífico, Africa y América Latina, dedicaremos el resto de esta sección. Empero antes de pasar a narrar esos hechos debemos prestar nuestra atención a algunas características generales de ese gran movimiento misionero.

Quizá el hecho más notable fue la fundación de un sinnúmero de sociedades cuyo propósito era apoyar la obra misionera. Algunas de esas sociedades trabajaban exclusivamente entre los miembros de una denominación particular. Otras cruzaban las barreras denominacionales. Pero todas eran sociedades voluntarias, de tal modo que el sostén financiero de la obra misionera no venía normalmente de las arcas oficiales de la iglesia como institución, sino más bien de las contribuciones de aquellos miembros de la iglesia que se interesaban en la evangelización del mundo. Algunas de estas sociedades se fundaron mucho antes del período que estudiamos. Entre las más antiguas se cuentan la Sociedad para Fomentar el Conocimiento Cristiano (Society for Promoting Christian Knowledge, o S.P.C.K.) y la Sociedad para la Propagación del Evangelio en Tierras Extranjeras (Society for the Propagation of the Gospel in Foreign Parts, o S.P.G.). La primera fue fundada en 1698, y la segunda en 1701. Ambas eran anglicanas, y durante largo tiempo la mayor parte de su trabajo tuvo lugar entre los británicos que vivían en ultramar, aunque también se ocuparon de los habitantes naturales de las colonias británicas. Durante el siglo XVIII, debido al impacto de los pietistas, moravos y metodistas, se fundaron otras sociedades con propósitos misioneros. Empero el auge de las sociedades misioneras vino a fines del siglo XVIII, y durante todo el XIX. En 1792, gracias al empeño de Guillermo Carey—de quien trataremos más adelante—se fundó la Sociedad Bautista Particular para Propagar el Evangelio entre los Paganos, que después tomó el nombre de Sociedad Misionera Bautista. Tres años después, en parte debido al ejemplo de los bautistas, se fundó la Sociedad Misionera de Londres (London Missionary Society, o L.M.S.) mayormente entre metodistas, presbiterianos y congregacionalistas. En 1799, el ala evangélica de la Iglesia Anglicana fundó la Sociedad Misionera de la Iglesia (Church Missionary Society, o C.M.S.). A partir de entonces las sociedades se multiplicaron. En Inglaterra se fundaron varias docenas con fines específicos, tales como la Sociedad

LA ERA DE LOS NUEVOS HORIZONTES

Bíblica Británica y Extranjera (1804). De allí el movimiento pasó a otras partes de Europa y a los Estados Unidos. Pronto se fundaron sociedades semejantes en Holanda, Suiza, Dinamarca, Alemania y otros países. En Francia aparecieron sociedades tanto protestantes como católicas. En los Estados Unidos se fundó entre congregacionalistas la Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras (American Board of Commissioners for Foreign Missions). Cuando uno de sus enviados, el famoso Adoniram Judson, se hizo bautista, esa denominación se sintió impulsada a organizar su propia sociedad misionera, y a la postre fue de esa sociedad que surgió la Convención Bautista Americana. Otras sociedades se fundaron, como ya hemos consignado, para devolver esclavos libertos a África, para combatir el abuso del alcohol, para abolir la esclavitud, etc. En 1816 se fundó la Sociedad Bíblica Americana.

La existencia de todas estas sociedades es índice de otra característica del enorme adelanto misionero del siglo XIX: ese avance tuvo lugar con escaso apoyo por parte de las autoridades civiles. Desde tiempos de Constantino, las autoridades habían apoyado decididamente la expansión de la fe cristiana.

Recordemos, por ejemplo, la conversión forzada de los sajones por parte de Carlomagno, o la conquista de América por los españoles. Pero ahora, en el siglo XIX, la mayor parte de los gobiernos europeos se desentendió de la labor misionera.

Durante largo tiempo, la Compañía Británica de las Indias Orientales trató de impedir la entrada de misioneros a los territorios que estaban a su cargo. Los gobiernos europeos, y el de los Estados Unidos, generalmente adoptaron ante las misiones una actitud neutral. Los misioneros de esos países, en teoría al menos, no debían contar con más protección que la que se les extendía a otros ciudadanos de las mismas naciones. Esa protección era importante, y en más de una ocasión alguna potencia occidental acudió en defensa de sus misioneros. Pero con todo, las misiones no eran empresa oficial de los gobiernos, y rara vez contaron con subsidios gubernamentales. Fue precisamente por ello que las sociedades misioneras cobraron tal importancia, pues eran ellas las que recaudaban los fondos y reclutaban el personal necesario para la empresa evangelizadora.

A consecuencia de todo esto, por primera vez en la historia la empresa misionera cautivó el interés del común de los miembros de las iglesias. Naturalmente, los que verdaderamente se interesaron fueron solo una porción de ellos. Pero todos podían contribuir de algún modo. Hasta para los niños se fundaron sociedades misioneras, a cuyos fondos cada niño contribuía una pequeña cantidad semanal o mensual. Las sociedades misioneras también se ocupaban de dar a conocer lo que sucedía en Asia o en África, y así se volvieron una de las principales fuentes de información acerca de otras civilizaciones con que el Occidente contó. Pronto, gracias a las sociedades misioneras, había muchas personas que tenían noticias acerca de los lugares más remotos del África, o de las costumbres de China o de la India.

Las mujeres jugaron un papel importante en todo esto. Al principio, los misioneros eran varones, aunque muchos de ellos casados, y acompañados de sus esposas. Pero pronto las mujeres llegaron a ocupar un lugar destacado, tanto en las sociedades como en el personal misionero. En varias denominaciones se fundaron sociedades misioneras de mujeres. Algunas de ellas enviaron misioneras de cuyo sostén se ocuparon. Entre católicos, esas mujeres eran generalmente monjas, y se ocupaban de tareas semejantes a las que tenían en sus países: la enseñanza, el cuidado de los enfermos, los asilos para huérfanos y para ancianos, etc. Entre

protestantes, muchas mujeres comenzaron a ejercer funciones que les estaban vedadas en sus propias iglesias, tales como la predicación. Naturalmente, esto se debía a una actitud de superioridad racial y cultural, que daba por sentado que las mujeres blancas de los Estados Unidos, por ejemplo, no podían predicarles a norteamericanos, pero sí a personas de otras culturas y razas. En todo caso, a la postre el ejemplo de las misioneras, que tomaban responsabilidades que les estaban prohibidas a sus hermanas en Europa y los Estados Unidos, halló eco en sus países de origen, y por ello el movimiento feminista en el protestantismo occidental tiene algunas de sus raíces en la participación de las mujeres en el movimiento misionero.

Por último, una de las consecuencias más notables del movimiento misionero, particularmente entre protestantes, fue el espíritu de cooperación que comenzó a aparecer entre las diversas denominaciones. Las rivalidades que parecían justificarse en Europa o en los Estados Unidos eran un verdadero tropiezo para la obra misionera en la India o en China. Por ello, los misioneros primero, y después los dirigentes nacionales de las nuevas iglesias, buscaron medios de romper las antiguas barreras entre denominaciones. Varias de las sociedades misioneras que hemos mencionado contaban con miembros de diversas denominaciones. En los campos misioneros, los cristianos se vieron en la necesidad de presentar un frente unido, y desarrollar estrategias basadas en la cooperación más bien que en la competencia. Así fue que el movimiento ecuménico, al menos entre protestantes, surgió en buena parte del movimiento misionero del siglo XIX, tema este a que dedicaremos el último capítulo de esta sección.